

VIRGINIA HEATH

*Nunca te  
enamores  
de tu  
prometida*



m̄r

VIRGINIA HEATH

NUNCA TE  
ENAMORES  
DE TU  
PROMETIDA

Traducción de Anna Valor Blanquer

**m̄r** ediciones martínez roca

Título original: *Never Fall for Your Fiancée*

© 2021 by Virginia Heath

Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna  
Agencia Literaria, S. L.

All rights reserved

© por la traducción, Anna Valor Blanquer, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-270-4990-1

Depósito legal: B. 4.158-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Finales de noviembre de 1825...*

El problema de las mentiras es que, si no se gestionan bien, suelen dar caza al hombre que las dice. La farsa elaboradísima que Hugh había urdido y que ahora se le había ido de las manos era como un perro rabioso que gruñía, echaba espu-marajos por la boca y estaba a punto de hincarle los dientes en el trasero, y él no podía hacer nada de nada al respecto.

Volvió a estudiar la carta con la patética esperanza de no haber entendido bien la letra inclinada y llena de florituras de su madre, pero no: estaba perdido. Ella había comprado un billete para el primer barco que salía de Boston y, si la marea, las corrientes y los vientos alisios se lo permitían, pretendía plantarse en Hampshire en Navidad. Eso significaba que él había recibido la dichosa carta demasiado tarde para poner fin a todo aquello —algo que ella había hecho a propósito, sin duda—, puesto que su madre, su padrastro y un montón de problemas ya debían de estar de camino, cada vez más cerca, balanceándose al ritmo de las olas del océano Atlántico.

Estaban ansiosos por conocer y saber más de su prometi-da ahora que, por fin, ya no estaba de luto.

Una prometida que no existía.

—Afrontémoslo, estás acabado.

Su mejor amigo, Giles, el heredero poco entusiasta de un ducado, era un eterno pesimista. Se metió la octava galleta en la boca y masticó pensativo, mirando el techo.

—Puede que ahora sea un buen momento para huir. Haz un largo viaje por el continente y vuelve solo cuando ellos estén en el barco de vuelta a Boston. Tu padrastro es un hombre de negocios, ¿verdad? Mi experiencia es que todos los hombres de negocios son aburridos a más no poder y no soportan dejar el negocio durante largos periodos de tiempo.

—Huir sería lo mismo que contárselo todo a mi madre. Si no la vigilo, escarbará y escarbará hasta que haya destapado toda la verdad y me la echará en cara el resto de mi vida. Te recuerdo que solo me inventé a Minerva porque ella me amenazó con volver a casa y ayudarme a encontrar una esposa. No tienes ni idea de lo tenaz que puede llegar a ser esa mujer. Desde que se casó por amor, se ha obsesionado con mi felicidad. —Hugh hizo una mueca de aversión—. Tiene en la cabeza que nunca seré verdaderamente feliz si no estoy encadenado a la mujer de mis sueños. Si esa mujer no es Minerva, me encontrará una sustituta en menos de lo que se dice «sí, quiero».

—Bueno, por lo menos el único progenitor que te queda desea que tengas una unión feliz. Mi padre está resuelto a endosarme una esposa de conveniencia y, a pesar de mis repetidas protestas, me presenta al menos una vez a la semana a una candidata tan poco estimulante como es de esperar. Ahora he desarrollado un miedo irracional a Hyde Park; mi padre me ha arrebatado toda la alegría de cabalgar por allí. Rotten Row era un lugar tan fructífero para conocer a señoritas de ideas afines...

Con «de ideas afines», Giles quería decir «discretas, abiertas al coqueteo, liberales, de favores fáciles y sin deseos de complicaciones permanentes». Una de las muchas razones por las que él y Hugh siempre habían sido tan buenos amigos era su gusto similar por las mujeres y su aborrecimiento de los lazos permanentes.

—Sabes que te comprendo... Pero ¿podemos centrarnos en el problema más urgente que tenemos entre manos, por favor? En mi problema. ¿Qué voy a hacer?

—Pues, si no estás dispuesto a salir corriendo, tendrás que afrontar las consecuencias, amigo mío. Dicen que la confesión es buena para el alma. A no ser que puedas hacer aparecer una prometida por arte de magia en las próximas semanas.

No lo estaba ayudando en absoluto.

—Sí, porque debe de haber por lo menos un centenar de jóvenes formales en Mayfair que estarían encantadas de ser mi prometida provisional y de que las arrastrara a pasar las Navidades en los inhóspitos campos de Hampshire.

—Y ¿por qué tienen que ser formales?

—¡Porque Minerva lo es! Así la creé. Mi madre no se conformaría con menos y lo cierto es que, al ser un producto de mi imaginación, creada para un mal necesario, la concebí a propósito como un modelo que cualquier madre querría para su hijo.

—Oh, qué enmarañada red tejemos cuando empezamos a practicar el engaño...

Hugh fulminó con la mirada a su amigo.

—¿Es necesario citar a Walter Scott cuando estoy en mitad de una crisis?

—Me encanta Walter Scott.

—He venido buscando tu ayuda, unas palabras sabias que me guiaran, porque se supone que eres mi mejor amigo

y, de momento, lo único que has hecho es comerte una bandeja entera de galletas y decirme que estoy acabado.

—Estás acabado —confirmó Giles apuntándole con una galleta de mantequilla recién hecha—. Te dediqué infinitas palabras sabias cuando empezaste esta farsa absurda hace dos años y tú las ignoraste todas como si nada.

Eso aún lo ayudaba menos.

—¡En su momento, estuviste de acuerdo con que Minerva era una genialidad!

—Así es, porque era una genialidad y te envidiaba. Ojalá mi padre viviera al otro lado del océano y yo pudiera inventarme una prometida... Y tengo que admitir que tienes un don para la prosa efusiva del que yo carezco. Esas conmovedoras cartas que escribiste durante su larga batalla contra la tuberculosis, en las que contabas que permanecías estoico al lado de su cama y le leías, mientras, en silencio, le pedías a Dios una cura y maldecías el veleidoso dedo del destino, me hicieron derramar alguna lágrima, no me importa reconocerlo. —Los restos de la novena galleta desaparecieron antes de que su amigo le apuntara con el dedo—. Pero también debes recordar que yo estuve siempre a favor de su trágica muerte. En ese momento se lo tenía más que ganado, la pobre. La tuberculosis es una enfermedad lenta con unas connotaciones muy románticas y tú pudiste haber jugado la carta del héroe con el corazón roto. Eso te habría dado, como mínimo, unos cuantos meses de margen. En cambio, lo alargaste hasta el infinito desoyendo mis buenos consejos sobre que todo lo bueno debe llegar a su fin.

—¡No podía matarla en ese momento! Si lo hubiera hecho, habría vuelto a la casilla de salida y volvería a ser vulnerable a las tendencias de casamentera de mi madre. ¡Estaba a punto de comprarse un billete para venir a consolarme!

Pero Hugh sabía que Giles tenía razón. A pesar de la imagen frívola y superficial que su amigo proyectaba al mundo, y por mucho que le molestara a Hugh, Giles tenía razón más veces de las que se equivocaba. Hugh suspiró dándose por vencido. Se había pasado de la raya y ahora su precario castillo de naipes corría el peligro de derrumbarse.

—De acuerdo, puede que la recuperación milagrosa fuera algo inverosímil.

—¡No tanto como la muerte prematura de su padre en los montes de los Cairngorms el año pasado! ¿No te advertí sobre lo de escribirle a tu madre borracho?

—Lo hiciste y tenías razón, pero mi madre me cogió desprevenido con su insistencia en venir para ayudar a preparar la boda y entré en pánico. Me costó Dios y ayuda convencerla de que mi mentira era cierta.

Una insensatez detrás de otra, y todo para no tener que soportar la inevitable mirada de decepción en los ojos de su madre. Era consciente de lo irónico de la situación.

—Todo eso me fastidió bastante la visita a América de las Navidades pasadas —continuó. Quizá un tono conciliador haría que Giles mostrara más empatía—: Debí haberte escuchado. ¿Estás contento?

—En retrospectiva se ve todo más claro, ¿verdad? Aunque parece ser que no la convenciste del todo, amigo, porque, si no, no vendría hacia aquí. Y avisándote con tan poco tiempo... Cualquiera diría que te ha tendido una emboscada.

Giles sonrió. Era evidente que estaba disfrutando de todo aquello a lo grande.

—De nuevo, no me ayudas. —Hugh se levantó ofendido—. Si no eres capaz de hacer algo que no sea criticarme, me voy a pedirles consejo a amigos más sensatos.

—No tenemos amigos sensatos. —Ya estaba otra vez

Giles con esa manía de tener siempre razón. Resultaba exasperante e insufrible—. Pero, si te vas, ¿podrías llamar al servicio por el camino? —Levantó la bandeja que tenía apoyada en la barriga—. Parece que alguien se ha comido todas las galletas.

Hugh se fue al club White's, lo que lo deprimió todavía más porque no había ningún amigo; estaba lleno de solteros viejos y cascarrabias que no tenían nada mejor que hacer con su tiempo que sentarse con los demás en sus cómodos sillones orejeros y quejarse de cómo estaba el mundo. Se fue de allí, pero, en lugar de volver a casa, se quedó paseando por Piccadilly con el frío que hacía. Nunca se le había dado bien la introspección porque, a pesar de la culpa devastadora que siempre lo invadía, en el fondo era un optimista. La introspección lo volvía sentimental o lo llenaba de arrepentimiento, dos emociones que se habían apoderado de él desde que Payne, su leal mayordomo, le había dejado la dichosa carta de su madre en la mesa del desayuno aquella mañana al lado de sus dos huevos pasados por agua y Hugh se había dado cuenta de que iba a romperle el corazón a su madre.

Otra vez.

Igual que su padre.

La carta —y la inevitable comparación— le habían quitado todo el apetito. De hecho, no había comido nada en todo el día. ¿Cómo no iba su cerebro a tener dificultades para encontrar una solución? Quizá no debía abordar las decisiones trascendentales y los planes importantes con el estómago vacío. Decidió acercarse al Lion and Lamb, en Conduit Street, una posada en la que tenía garantizada una comida copiosa y la bendita ausencia de cualquiera que fuera

alguien en la alta sociedad para poder sopesar su dilema en privado. Se encaminó hacia allí por callejuelas secundarias para llegar antes y se puso a darle vueltas a su problema.

¿Qué podía hacer?

Deseó haber matado a Minerva hacía mucho tiempo, como Giles le había dicho. Se suponía que su falsa prometida solo iba a ser algo temporal, una forma de entretener a su madre, de evitar pelearse con ella, de no volver a herir sus sentimientos y de ganar algo de tiempo. Detestaba las discusiones incluso más que la introspección. No soportaba decepcionar a la gente. Y todavía menos hacerles daño. Especialmente a su madre.

A pesar del irritante hábito de casamentera que tenía, quería a su madre con locura. No se merecía nada de aquello. Lo único que había querido siempre era lo mejor para él y se había sacrificado sin descanso por su felicidad. Casi había tenido que obligarla a casarse con el amor de su vida, porque estaba demasiado entregada a él; eso, sin duda, la había empujado a buscar lo mismo para su hijo. Se sentía culpable por haber logrado algo de felicidad y, para rebajar su culpa, necesitaba verlo feliz a él también.

Y eso, para ella, pasaba por que se casara, aunque Dios sabría la razón. A pesar del aparente éxito que había tenido en su segundo paso por el altar, el legado del primero todavía atormentaba a Hugh y siempre lo haría. ¿Cómo no, si él y su padre eran como dos gotas de agua?

O casi.

Su querido padre, igual que su abuelo antes que él, había sido capaz de dormir por las noches, mientras que Hugh sabía que él no podría si fuera la causa de todo ese dolor... Se estremeció y negó con la cabeza de forma inconsciente mientras caminaba. A diferencia del donjuán de su padre, él tenía

unas normas de conducta. Un hombre solo debía contraer matrimonio cuando tenía toda la intención de honrar sus votos. Era evidente que una tarea tan noble requería dos atributos que, gracias a sus antepasados, Hugh estaba bastante seguro de no poseer: unos ojos obedientes y un corazón lo bastante altruista para ser capaz de albergar un gran amor.

Había amado a muchas mujeres en sus treinta y dos años en la Tierra y ni una sola de ellas había conseguido que aquellos órganos volubles funcionaran como debían hacerlo los de un buen esposo. Y, además de poseer la inclinación de los hombres Standish por el engaño, la sangre caprichosa y mujeriega de los Standish corría por sus venas y siempre sería así. No, estaba claro que el camino del matrimonio no era el suyo.

Por muy pocas ganas que tuviera de acabar como uno de esos solteros viejos cascarrabias que solo iban al White's porque no tenían a nadie en casa con quien estar, Hugh se había resignado a ese destino. Era inevitable que terminara en un sillón orejero del White's al lado de Giles. Podrían quejarse juntos de cómo estaba el mundo hasta que uno de los dos muriese...

Ya había vuelto a ponerse sentimental planeando un futuro triste cuando ni siquiera estaba cerca de la vejez y aún era un potro despreocupado que se lo pasaba bien retozando con las jóvenes yeguas.

O, por lo menos, hasta hacía poco. Ese último año, todo había perdido un poco de lustre y a menudo había tenido que obligarse a salir solo para guardar las apariencias ante sus amigos, que seguían muy dedicados a aquel pasatiempo. Eso lo preocupaba. Era un indicio de que la vejez se acercaba poco a poco, terca, a pesar de su miedo a aquellas butacas deprimentes del White's.

Hugh se había prometido a sí mismo esforzarse más por disfrutar de la soltería, pero, desde hacía un tiempo, casi siempre encontraba excusas. Evitaba las diversiones a las que tanto se había dedicado cuando se inventó a Minerva y no se esforzaba por salir a la caza de mujeres. Había flirtado, claro, pero la verdad incómoda era que su soltería, siempre despreocupada, ya no lo era tanto como antes.

En el fondo, en los recovecos más cavernosos y sinceros de su alma —esos que le gustaba fingir que no existían a no ser que se viera forzado a la introspección—, sabía que se había aferrado a la idea de Minerva para evitar admitir ante su madre que se parecía demasiado a su padre para siquiera plantearse sentar la cabeza con alguien. Era una verdad trágica que le rompería el corazón a su madre, y él iba con mucho cuidado de no romper corazones. Los corazones rotos se curaban, pero nunca se recomponían del todo. Hugh lo sabía de primera mano, porque le habían arrancado el suyo cuando había descubierto que el padre al que veneraba, y al que siempre había emulado, no era, en realidad, el gran hombre que él siempre había creído. Y, aunque había aceptado que compartía sus defectos, ni en sueños los usaría como arma para herir a otros.

Pero se había aferrado a su sentimiento de superioridad moral demasiado tiempo, había evitado la conversación que habría hecho que no hiciera falta ninguna Minerva y, al final, se había metido en un buen lío. Esperaba que la solución apareciera milagrosamente cuando hubiera llenado el estómago; si no, sí que estaría acabado.

Ya había recorrido la mitad de Sackville Street cuando advirtió el altercado.

—Le pagaré cuando yo quiera, señora, nunca antes.

Vio a un caballero de edad avanzada en el último escalón de un corto tramo de escalera delante de la puerta de

una casa. A juzgar por su atuendo, o bien salía de casa o bien acababa de llegar. En la acera, de espaldas a Hugh, había una mujer. Como el caballero, llevaba un grueso abrigo de invierno, aunque el de ella había vivido tiempos mejores. También llevaba una bufanda de lana y mitones tejidos que no iban a juego; todo parecía hecho por ella. Llevaba la cabeza hundida en una enorme capota de terciopelo negro.

—Señor Pinkerton, me he ganado ese dinero.

Tenía una voz bonita, segura y delicada. Incluso madura. Además, hablaba con mucha corrección, algo que sorprendió a Hugh en vista de su atuendo. A juzgar por el estilo de su abrigo —que había pasado de moda hacía al menos diez años—, había supuesto que sería una viuda de entre treinta y cuarenta años a quien, quizá, habían dejado con varios niños de los que ahora tenía que hacerse cargo ella sola. El mundo podía ser un lugar cruel para algunas personas; algo en lo que él pensaba durante horas cuando se preocupaba por el mundo en sus momentos introspectivos.

La mujer irguió la espalda y echó los hombros hacia atrás con orgullo. Hugh se la imaginó mirando al tipo con expresión altiva y aprobó aquella actitud.

—Ya he esperado cuatro semanas, señor, y esta vez me niego en redondo a marcharme si no me paga.

El hombre mayor se dio cuenta de que Hugh los observaba y se sonrojó.

—¿Cómo se atreve a abordarme en la puerta de mi casa y a montar una escena?

—¿Cómo se atreve usted a emplearme para un trabajo y luego no pagarme por él? Ha pasado un mes, señor Pinkerton, un mes frío. Ya he esperado demasiado.

Hugh sintió que le hervía la sangre. ¡Qué sinvergüenza! Era evidente que la pobre mujer necesitaba el dinero con ur-

gencia. No tenía por qué recurrir a humillarse en medio de la calle para cobrar lo que estaba claro que se le debía.

—¿Puedo ofrecerle mi ayuda, señora? Parece que no le vendría mal —dijo, y le lanzó al hombre una mirada altiva para dejar claro su desdén.

Ella se dio la vuelta y él vio que no se trataba de ninguna señora, sino de una señorita. Una señorita muy bella. Bellísima. Tanto que lo dejó sin palabras.

—Vaya, gracias, señor. Es todo un caballero. —Sus ojos se volvieron hacia el tacaño que la había defraudado y le dedicó una mirada de animadversión que helaba la sangre—. El señor Pinkerton me contrató para crear una ilustración para acompañar un anuncio y, a pesar de que ha publicado el anuncio en *The Morning Advertiser*, en *The London Tribune*, dos veces, y en *The Times* de hoy, yo aún no he recibido los honorarios que acordamos por mi trabajo. Me debe nueve chelines y tres peniques.

Hugh tuvo que esforzarse para apartar sus errantes ojos de hombre Standish de aquella bonita cara.

—Y ¿qué tiene usted que decir sobre el asunto, señor Pinkerton?

—Le pagaré cuando yo quiera, nunca antes.

—¿No quedó satisfecho con el trabajo de la señorita?

El hombre se crispó al sentirse acusado.

—He visto trabajos mejores.

—Pero ¿le pareció lo bastante bueno para publicarlo en *The Times*, *The Morning Advertiser* y *The London Tribune*?

—Dos veces —añadió resuelta la encantadora joven—. Y me aventuro a decir que el anuncio le ha reportado ganancias. Sospecho que muchas más que los nueve chelines y tres peniques que no me ha pagado, porque es una ilustración muy llamativa.

De su ridículo sacó un pedazo de papel de periódico y se lo dio a Hugh. En el centro de la imagen había un frasco de medicamento en cuya etiqueta se podía leer: TÓNICO DE HÍGADO PINKERTON – PATENTADO. A la izquierda del frasco había un hombre demacrado que parecía que iba a caer de rodillas en cualquier momento por la fatiga y, a la derecha, aparecía el mismo hombre vigorizado y en buen estado después de haber tomado la poción patentada del señor Pinkerton durante solo una semana. El letrero que destacaba en la parte superior del anuncio proclamaba: PURGUE LA FATIGA PARA SIEMPRE CON PINKERTON. Muy pegadizo.

—Sí que es una ilustración llamativa. Tanto que hasta estoy tentado de invertir en el producto. Es usted una artista con talento, señorita...

—Merriwell. Y gracias por el cumplido, señor.

—No soy un experto en la materia, señor Pinkerton, pero me parece que esta ilustración tan espléndida bien vale esos nueve chelines... E incluso más.

Hugh miró al tipo por encima del hombro con toda la intención. Aunque era evidente que el señor Pinkerton era un caballero en el sentido más básico, también lo era que Hugh pertenecía a la aristocracia.

—Esto no es de su incumbencia, señor.

O quizá no era tan evidente.

—Es milord, no señor.

Hugh nunca le había llamado la atención a nadie por no usar su título, porque no le gustaba ofender a la gente, pero el señor Pinkerton se merecía que le bajaran un poco los humos.

—¿Se niega a pagar porque no se lo puede permitir? ¿Tiene problemas económicos, señor? —Alargó las palabras a propósito, consciente del transeúnte curioso que había baja-

do el ritmo para escuchar lo que decían—. Si es el caso, quizá la señorita Merriwell puede permitirle pagar la deuda pendiente a plazos.

La afrenta tuvo un efecto inmediato en el señor Pinkerton, que se volvió casi morado.

—¿Cómo se atreve? —le respondió, pero ya había sacado la gruesa cartera y había empezado a rebuscar en ella, ansioso por que los dos se alejaran de la puerta de su casa.

Hugh no pudo resistirse a tender la mano enguantada y contar en voz alta cada moneda que iba cayéndole a la palma.

—¡Ahí lo tienen! ¡Que se los lleve el demonio! Nueve chelines.

El hombre fue a meterse la cartera en el bolsillo.

—Y tres peniques —dijo Hugh, y le guiñó el ojo a la señorita Merriwell—. Que no se le olviden los tres peniques.

El hombre prácticamente le lanzó las monedas.

—¡Pasen un buen día! ¡No volveré a requerir sus servicios, señorita Merriwell!

El señor Pinkerton se peleó con la llave y la cerradura, entró a casa a toda prisa y cerró de un portazo.

Cuando se quedaron solos en la acera, Hugh sonrió.

—Tenga. —Dejó caer el dinero en el centro de su mitón—. Al final lo hemos conseguido.

Ella también sonrió, y fue como bañarse en rayos de sol. Su cara pasó de ser sumamente bella a ser preciosa en lo que dura un latido. Tenía los ojos muy bonitos, de un verde intenso, con una forma algo felina y cercados por pestañas largas y oscuras.

—Estoy en deuda con usted, milord. Gracias por la oportuna intervención. Ha sido muy amable.

—No le dé más importancia, tengo una debilidad especial por las damiselas en apuros.

De hecho, por más que intentara ignorarlo, Hugh tenía debilidad por todo lo que estuviera en peligro —desde damiselas hasta perros callejeros; desde los olvidados hasta los débiles pasando por todos los niños abandonados del mundo—, una debilidad que nunca admitiría tener. Los solteros vividores y despreocupados no perdían el tiempo preocupándose por esas tonterías.

—Siempre me he considerado un caballero de brillante armadura.

Las damiselas eran una cosa y una descontrolada conciencia social era otra muy diferente. Hugh se convertiría en un hazmerreír si su naturaleza filantrópica saliera a la luz.

—Sin duda, ha sido el mío.

Sin saber por qué, aquello lo hizo sentir invencible.

—Lo he intentado todo para que me pague. Abordarlo hoy era mi último recurso y habría fallado si usted no hubiera aparecido en ese momento.

—Eso lo dudo. Parecía muy decidida.

—Nueve chelines son nueve chelines —dijo mientras se encogía de hombros para quitarle importancia, como si lo que le preocupara en realidad fuera el principio moral.

Él sabía que no era así. Su ropa había vivido tiempos mejores, llevaba unas botas viejas con el tacón desgastado y cualquiera preferiría morir antes que ser visto reclamando un pago, incluso en aquella parte menos acomodada de Mayfair, a no ser que necesitara el dinero de verdad.

—Dejar que se corriera la voz de que no me preocupo por que me paguen las deudas sería casi como trabajar gratis.

Se guardó el dinero en el ridículo con cuidado y volvió a sonreír.

—Gracias otra vez, milord, mi caballero. Le deseo el mejor de los días.

Iba a marcharse, y él no quería.

—Entonces ¿es artista?

—Yo no diría eso. Hago grabados en madera.

—¿Grabados en madera?

—Son tacos de madera con dibujos grabados de los que... Bueno... De los que usan los impresores. —Hizo un gesto que él supuso que imitaba el trabajo en una prensa—. Soy una especie de talladora, supongo. Diseño los grabados por encargo según las peticiones de los clientes: flores, carteles..., tónicos para el hígado.

—Un oficio muy específico.

—Sí. —Su sonrisa parecía de resignación—. Muy específico.

—La verdad es que nunca había conocido a una grabadora. Por cierto, me llamo Hugh, señorita Merriwell. Hugh Standish, conde de Fareham.

Le tendió la mano y ella se la estrechó. Y, por extraño que pareciera, la mano de Hugh deseó estar agarrada a la de ella para siempre.

—Yo nunca había conocido a un conde, así que estamos igualados. Y yo me llamo Minerva.

Pareció que el mundo se paraba. No podía ser.

—¿Minerva?

—Lo sé... Es un poco pretencioso. Mi padre se creía un académico. Nos puso a todas sus hijas nombres de diosas romanas. El mío es el de la diosa de la sabiduría y las artes, así que supongo que, en cierto modo, me va bien.

—Nunca había tenido la fortuna de conocer a alguien que se llamara Minerva. —Hugh sonrió al ver brotar los pequeños retoños de su salvación—. Sin duda, una serendipia perfecta.